

# ¿PARA QUÉ SIRVEN LAS ACADEMIAS?

POR DANIEL RESÉNDIZ NÚÑEZ

¿Para qué sirven las academias? A fin de no buscar respuestas sólo en la tradición, cabe pensar en las circunstancias del mundo y el país en que vivimos.

Muy poco puede predecirse con certeza. Pero parece que la intensidad de los problemas en todas las sociedades humanas tenderá a aumentar por algunas generaciones más. Bastarían tres hechos para que así fuera: la tasa de incremento global de la población, la proporción y conciencia creciente de los menos favorecidos, y la evidencia de que la capacidad natural del planeta para soportar la actividad humana tiene cotas. No habrá país que no sufra por tales hechos, y el sufrimiento no necesariamente se reducirá por la abundancia local de recursos naturales, sino por el desarrollo y la aplicación de todas las habilidades y capacidades de los seres humanos. De este recurso intelectual y práctico dependen, a largo plazo, todas las demás variables que interesan al futuro del hombre.

Hay quienes sostienen que la complejidad de las sociedades humanas ha llegado a un límite y que mejorar la calidad de la vida exige simplificar su

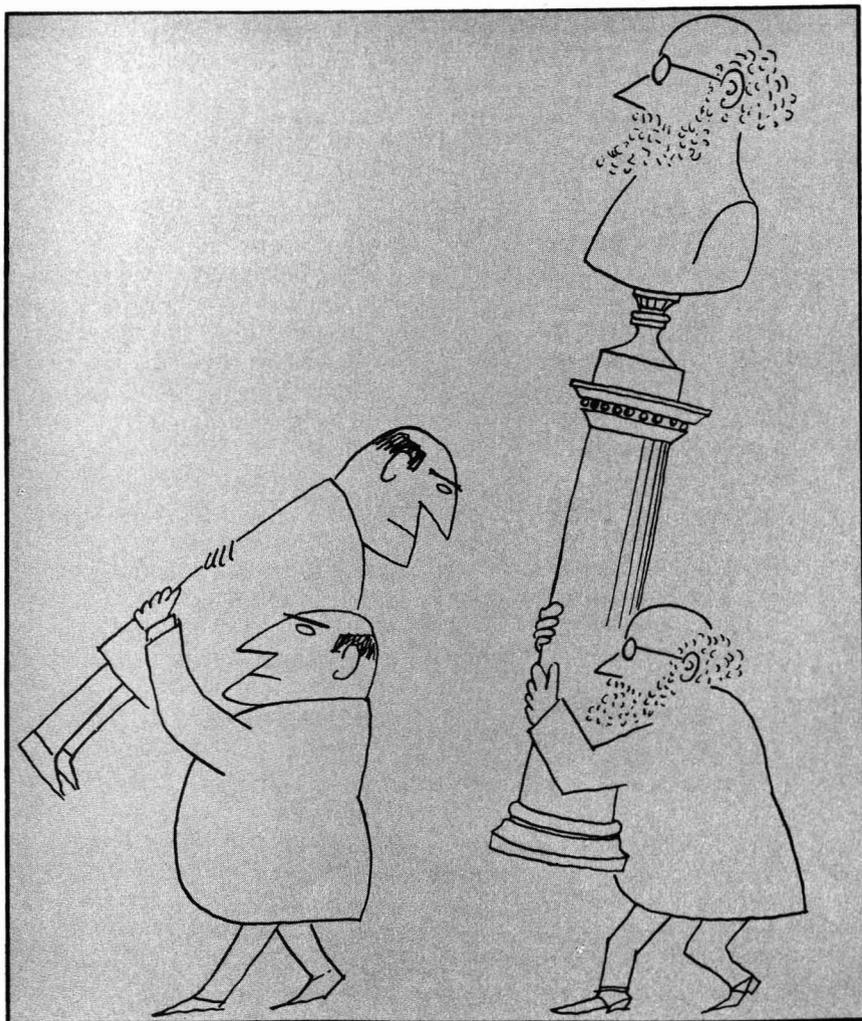
organización. Otros creen que la creciente complejidad es inevitable, y que se requieren diseños no más sencillos sino más racionales, capaces de aprender y autoadaptarse para que sean confiables ante circunstancias cambiantes. En cualquier caso, el reto intelectual y práctico es igualmente grande, y es palpable que aún no disponemos de los conocimientos para enfrentarlo, pues los problemas ahí están.

Generar tales conocimientos requiere de las ciencias como las concibe esta academia: el conjunto de todas las disciplinas de la naturaleza, del hombre y de la sociedad que para desarrollarse usan el método científico. Se requiere de todas las ciencias porque se trata de una cuestión social con elementos y restricciones naturales (o de un conjunto de problemas naturales con componentes e interacciones sociales).

Por otra parte, este país, quizá ya el décimo más poblado y con tasas de crecimiento entre las más altas del mundo, no puede esperar que sus problemas, presentes y futuros, los identifique y ataque nadie sino él mismo. Si la importación masiva de técnicas de producción es aletargante, la importación de soluciones a nuestros conflictos sociales sería suicida.

Suele postularse que México no puede aspirar a tener una ciencia de alta calidad, capaz de contribuir a resolver sus propias necesidades y con significación universal, mientras no sufra (o goce) de una revolución radical. La tesis no es aceptable, pues el hecho de que en casos particulares la ciencia mexicana sí tenga esas características es un indicio de que podría tenerlas en general; pero, sobre todo, no es aceptable porque no parece conducir a salidas positivas: dada la improbabilidad de que esa tesis contribuya por sí misma a la revolución que propugna, no puede sino desembocar en el cinismo o la racionalización de la mediocridad científica.

Igualmente peligrosa es la posición de los tradicionalistas, que tienden a justificar la preferencia por lo importado y el estrangulamiento de la ciencia local aludiendo a la imposibilidad de ser auto-suficientes, a la incomodidad de prescindir de bienes que no sabemos producir, y a la inconveniencia de reinventar la pólvora. Tal justificación es opuesta a la noción misma de desarrollo y a la evidencia histórica de que éste no se da si no se aceptan ciertos sacrificios transitorios a cambio de un mayor bien futuro; también deja de lado la necesidad psicológica de todo pueblo de probar ante sí mismo su voluntad y suficiencia para enfrentar retos autoimpuestos, e ignora que en la reinventar de la pólvora el proceso importa más que el objetivo inmediato y que de reinventarla podríamos aprender a confiar más en nosotros mismos: la nacionalización del petróleo, y antes de ella la de la ingeniería civil, son muestras de que los procesos de independencia se dan así.



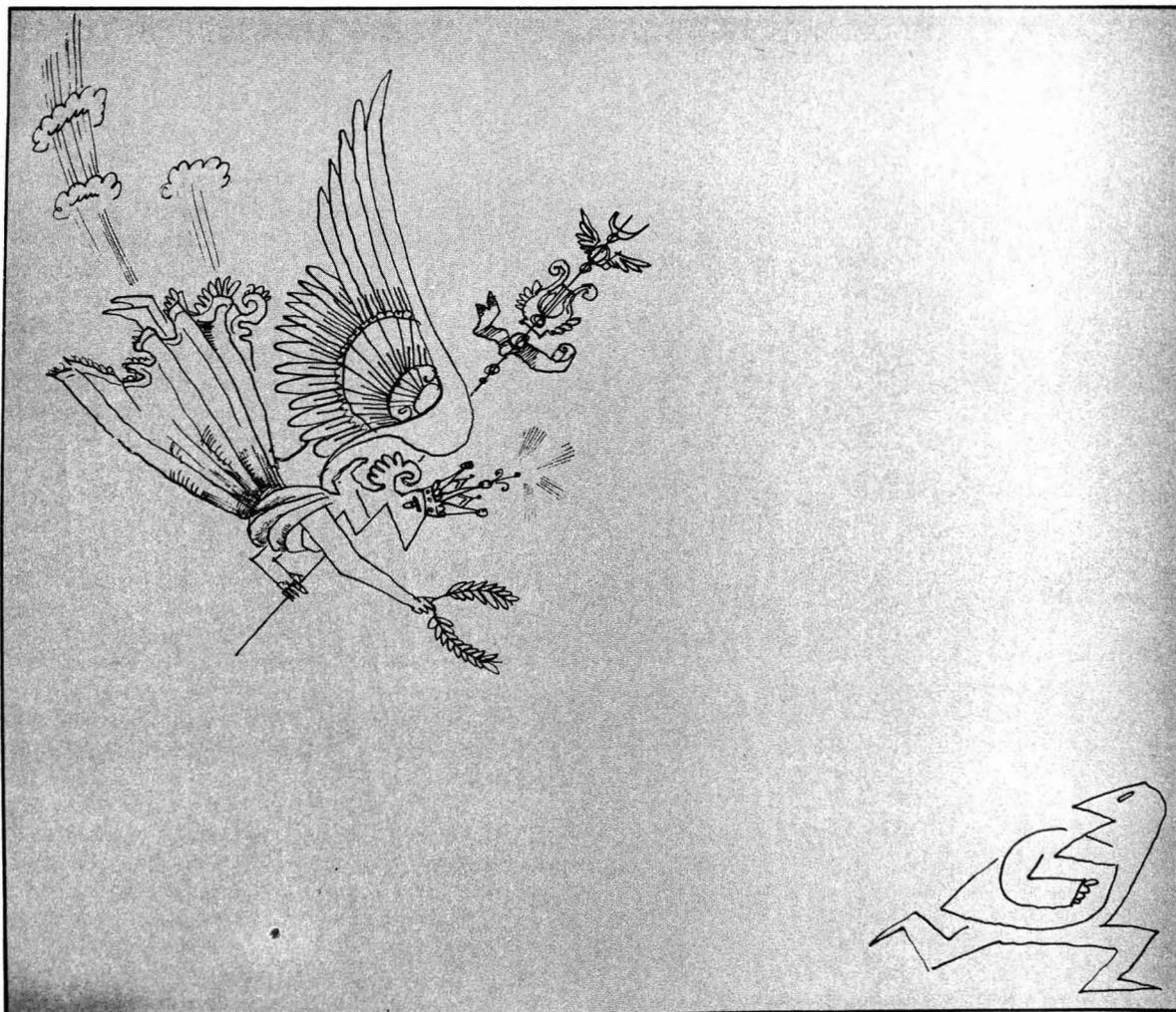
Pero sería peligroso creer que los problemas del país sólo los pueden resolver los científicos, o que pueden resolverlos los científicos solos. El desarrollo de habilidades y capacidades es un medio para racionalizar la sociedad y para producir satisfactores materiales para una vida digna; pero también es un fin, porque el hombre aspira al pleno desarrollo y ejercicio de sus facultades. Para ser eficaz como medio, el ejercicio de esas facultades debe alcanzar en algunos individuos niveles de excelencia. Para ser socialmente aceptables, su desarrollo debe tender a ser igualitario, esto es, accesible a todos.

Así pues, la ciencia es necesaria no sólo como instrumento en manos de los especialistas, sino como rasgo cultural, como método generalizado de aprendizaje y de trabajo, como prueba de fuego de las concepciones y acciones de todos. Cuando observamos la vehemencia con que nos adherimos (o nos oponemos) a los diseños políticos en turno, y luego la rapidez con que esos diseños cambian mientras se conserva la proporción —y aun los nombres— de adherentes y opositores, no podemos sino pensar que el país necesita transitar de la

autosugestión a la objetividad. Y a esto puede contribuir la educación en los criterios de la ciencia.

En efecto: cualquier proposición se puede racionalizar formalmente; esa es la grandeza y la miseria del formalismo intelectual. Pero no cualquier postulado puede pasar la prueba de su comparación con los hechos constatables; en esto radica el valor del método científico. No es que éste sea aplicable a todas las cuestiones que interesan al hombre, pero sin duda crea defensa contra la autocomplacencia.

En los repetidos alegatos por la ciencia que se hacen en eventos como éste podría verse un afán de incrementar el poder de los científicos en la sociedad de este país. Nadie debe sorprenderse de que así sea, ni otros sectores deben temerlo. La ciencia mexicana es aún tan débil en comparación con casi cualquier otra actividad, incluso la magia, que no hay riesgo alguno de que su fomento dé lugar a corto plazo a una redistribución significativa del poder nacional; pero sobre todo, no hay camino alternativo hacia la modernidad. Sólo la investigación científica es capaz de descubrir los hechos en



los cuales pueda basarse una verdadera planeación nacional. Por eso el fomento de la ciencia puede acercarnos a la modernidad. *Puede*, si se evita que el poder de los científicos sea prebenda ligada mecánicamente a títulos y grados académicos, si se cuida que el fomento de la ciencia no se transforme en subsidio a la trivialidad pseudocientífica, si se logra que el poder de los científicos sea, en primer lugar, poder para hacer ciencia, y sólo en función directa de éste tengan otros poderes.

Entre esos otros poderes debe estar, desde luego, el de organizar la investigación. El científico individual se autoimpone un método y una disciplina de trabajo, o no es productivo. Análogamente, la ciencia en su conjunto es esencialmente una actividad que se organiza a sí misma o no puede organizarse. Y debe hacerlo.

La organización de la investigación es imperativa por varias razones. Primero, porque nunca hay suficientes recursos para que cada investigador tenga todo lo que desea (dinero, colaboradores, espacio, materiales), y por tanto estos recursos deben ser distribuidos mediante un proceso que el investigador individual pueda afectar, aunque no controlar. En segundo término, porque la sociedad inevitablemente planteará demandas específicas a la ciencias, y ésta sólo podrá responder a ellas si está organizada. De hecho los fondos para investigación siempre están ligados de algún modo a problemas que son importantes para la sociedad, y sólo la ciencia bien organizada puede hacer uso de ellos sin sacrificar lo que es importante para la ciencia.

Por otra parte, el investigador no debe esperar, ni el gobierno permitir que sea el científico el que fije las prioridades de la sociedad. Esta tarea requiere una gama de participantes mucho más amplia. Así pues, la organización que fije prioridades debe ser externa a la ciencia; en ella deben participar los científicos, pero sin dominarla; sin dominarla, pero sin recibir de ella atole con el dedo.

Antes de señalar los fines de las academias en este contexto, vale decir lo que una academia es, tanto como lo que *no* es.

La nuestra es una asociación de investigadores activos reunidos de manera a la vez libre y selectiva, autoselectiva, y cuya principal fuerza de cohesión es aquello que de unitario tiene la actividad de creación científica en las más diversas disciplinas.

Por otra parte, la Academia no es una organización gremial. Tampoco una que deba realizar las actividades convencionales de educación, investigación o difusión, para lo cual existen otras instituciones. Ni siquiera es la Academia, aunque se aproxime a ello, una asociación cuyos miembros profesen la ciencia como ideología: algunos de quienes la integramos quizá estaríamos dispuestos, ante evidencias, a renunciar al axioma de que la ciencia es útil y necesaria.

Así, pues, ¿para qué las academias?

- Para constituir una trama de relaciones entre los

científicos que permita examinar todo lo relativo a la ciencia a través de las fronteras entre disciplinas y por encima de las fronteras entre instituciones.

- Para ayudar a crear un clima nacional propicio a la innovación.
- Para facilitar el contacto informal y directo entre la investigación nacional y la de otros países.
- Para contribuir, en el ambiente de mayor libertad y de menores restricciones operativas que es concebible, a que se defina el papel de la ciencia en la sociedad, y evitar que a la ciencia se le asigne, o que ella se arrogue, cualquier función o todas las funciones.
- Para contribuir a valorar y reconocer el mérito científico de los individuos y desalentar el uso individualista de la ciencia.
- Para que los científicos, tan atentos a las peculiaridades de su especialidad, se hagan conscientes de la unidad de la ciencia. La Academia, por multidisciplinaria, por libre, y por marginal a la ocupación de cada científico, es sitio apropiado para que todos percibamos el bosque, a la vez que cada uno cultivamos nuestro árbol.
- Para valorar, difundir y fomentar la práctica rigurosa de la investigación científica como ocupación, por encima de la concepción de la labor científica como empleo.
- Para ayudar a identificar las formas en que la investigación puede ser instrumento más eficaz para el desarrollo.
- Para contrarrestar, sin entorpecer, la tendencia natural de las ciencias a fragmentar el conocimiento en disciplinas cerradas que sólo se hablan a sí mismas.
- Para aportar al país un recurso adicional al representado por las instituciones de educación, investigación y planeación; recursos importantes por su carácter multidisciplinario y porque la gente más talentosa entre su membresía tiene mucho más que dar que lo que sus centros de trabajo ordinario pueden absorber.
- Para explorar el horizonte científico y técnico en busca de oportunidades y riesgos. Los miembros de la Academia, cada uno en su propio campo, tiene posibilidad de anticipar eventos y tendencias. Los resultados de tal exploración, debidamente discutidos y calificados, pueden constituir elementos de planeación nacional, o bases de acción para organismos del Estado, la industria o los centros de investigación.
- Para escuchar y decir todo lo que importe a la ciencia y a la relación entre la ciencia y su entorno; esto es, para constituir, más que un instrumento de presión social, un medio de comunicación de los científicos entre sí y de éstos con el Estado, la sociedad y la comunidad científica internacional.

Para todo eso *puede* servir una academia. Que lo haga o no, depende de todos.